

EL OPACO ESPEJO  
DE MI NAVIDAD



**CUENTOS FANTÁSTICOS  
Y OTROS NO TANTO**

**E**l otro día, por casualidad, cayó en mis manos un poema de José García Nieto, se llamaba “*Al espejo retrovisor de un coche*”. Fue como un fogonazo, como una emoción que recorrió mi cuerpo, una clara visión, la señal fluorescente que ilumina un camino vecinal en una noche oscura. ¿Era eso lo que yo hacía? ¿Las horas y los días se iban deslizándose junto a mí y yo ni siquiera me molestaba en echarle una breve mirada a lo que acontecía? Paré en seco. Y volví a concentrarme en mi ser, en mi vida presente, en lo que cada instante por mi lado, y en silencio, vivía y palpitaba con un sonido sordo y sin gemir siquiera. Sin dejar que mi cuerpo, cansado pero vivo, le prestara atención. Sí. Justo eso. Hacía mucho tiempo que dejaba pasar ante mis ojos, sin fijarme siquiera, miles de instantes felices y tranquilos, dolorosos a veces, y otros vibrantes y ruidosos, dignos de

ser vividos y después, mucho tiempo después: revividos y amados.

Al frente, ante mis ojos, el parabrisas del coche de mi vida, había perdido su transparencia, oculto tras el barro, no me permitía ver, pero no me importaba. Cómodamente instalada en el asiento, con la inercia y la apatía que el tiempo me había prestado, disfrutaba de todos y cada uno de los recuerdos que el retrovisor, en su humilde pequeñez, me iba ofreciendo. Pero cuando el loco azar se cruzó en mi camino y me permitió leer aquel poema, algo revolvió mis entrañas y me lanzó al vacío. Ya no tenía coche, ni espejo para ver el pasado, ni un asiento cómodo para seguir soñando. Me di cuenta de golpe, de que tenía frío y miedo, y ganas de correr y de esconderme bajo un abrigo cálido. Tenía que caminar y buscar un albergue donde poder pensar, aunque estuviera sola.

La “opaca Navidad” estaba cerca y volvía a temerla y a añorarla a la vez. Pero ¿por qué? Tenía que averiguarlo. Y volví a releer el poema:

*“Tú eres el corazón con lo vivido, / en ti está lo que atrás vamos dejando...”*

Pues sí, el espejo era el corazón con lo vivido..., y más adelante:

*“miras aquellos prados, aquel sueño tan lejano, / las rosas de aquel día...”*

¿Por qué me había impactado tanto el poema? Seguí leyendo. A medida que leía los versos la poesía iba perdiendo fuerza ante mis ojos. La melancolía se apoderaba de mí y no lograba darme cuenta de cuál había sido el motivo que en la primera lectura me había conmocionado con tal fuerza. Dejé el poema y miré por la ventana de mi habitación. La tarde estaba gris y oscura, como sin vida, y ni siquiera la fina lluvia que flotaba en el aire podía embellecerla. Transcurrida una hora, todo sería como una fosa negra. La noche del invierno del norte, le permite al sol un breve recorrido. Estaba a punto de regresar a mi

butaca cuando, de repente, como un tenue chispazo, brillaron en la casa de enfrente las minúsculas luces multicolores tamizadas por las cortinas que cubrían parte de una ventana. ¡Ya está aquí! Pensé con cierto desconsuelo. ¡Llegó la Navidad!

Me arrellané de nuevo en mi butaca y retomé el poema. Me sentía perdida, enfadada con el mundo y conmigo y nada comprendía. ¡Llegaba la Navidad de nuevo! Pero, ¿Si fueron mis fiestas preferidas? ¿Qué me estaba pasando?

¡Solo tenía pereza! No era yo misma... Tenía que coger la escalera y bajar las pesadas cajas del altillo. Ordenar los montones de brillantes adornos, los bibelots antiguos, las guirnaldas oscurecidas por el tiempo y el pequeño Belén con tantas figuritas de diversos tamaños imposibles. Y todo ese trabajo, ¿Para qué? ¿Para quién? Solo estábamos él y yo en la vetusta casa, enorme, silenciosa y, ahora, tan vacía...

Seguí leyendo hasta que alcancé el último verso del poema:

*“.../vives de lo pasado todavía”.*

Y entonces me di cuenta. Lo vi tan claro como la luz del día. Pero, ¿de qué Navidad estás hablando? Observa con atención el engañoso retrovisor que tienes ante ti y podrás darte cuenta de que es como aquellos espejos de los circos, de las ferias de pueblo que cambiaban la forma de todas las imágenes que tenían delante. Los altos reflejaban a pequeñas figuras encogidas, deformes, que en cada movimiento te provocaban risa irremediablemente. Los gorditos se convertían en muñecos de alambre como espigas con cara. Los padres se encogían y los niños crecían y reían estrepitosamente al mirar a sus padres como si fueran niños. Y nada era real, todo ficción, todo era un juego entre el espejo y la mirada lúdica del que ante él se exponía.

Me levanté de nuevo, apagué la luz de mi habitación y me acerqué al helado cristal de mi ventana, y ante el silencio, la noche ya cerrada y los pequeños agujeritos de cientos de ventanas como ojos que intentaban traspasar el aire con su brillo, me hice una pregunta: “Dime, ¿acaso ves algo que ya hayas visto reflejado en el retrovisor? ¿Se parece en algo lo que tienes delante a lo que tu pequeño y traicionero amigo te muestra año tras año? ¡Mírate ahora tú, mira tus manos, tus ojos, el resto de tu cuerpo! Pero, cuidado, no tengas miedo, no te adelantes a lo que he de decirte. Recupera el aliento, deja el frío cristal, enciende tu pequeña lámpara y pasea tus ojos por la estancia, por esa casa a la que tú llamas vetusta y silenciosa. ¿Te das cuenta?... Sí. Está llena de vida real. Libros papeles, cuadros, fotografías de niños, de jóvenes de adultos a los que amas y que también te aman. Repleta de tu vida presente, de tu vida pasada y, ¿por qué no?, de tu vida futura. De vida que has creado junto al hombre que ha permanecido a tu lado durante miles de horas y de días. De millones de imágenes que estarán para siempre en

el espejo retrovisor de otros seres que, como tú vivieron, cada uno a su modo, lo que se te ha ocurrido llamar absurdamente: “El opaco espejo de mi Navidad”.

Y, casi sin saber lo que hacía, apagué la luz; me dirigí al cuartito de los trastos, cogí la pequeña escalera y la coloqué debajo del altillo. Pasó la noche fría, y casi a la misma hora que el sol se desperezaba entre la bruma del amanecer, me dispuse a bajar los adornos dormidos de la caja y comencé a vestir con ellos: “La hermosa y verdadera Navidad de mi presente”.

Madrid, Navidad de 2013